

Epitafio Navideño

Por Juan Pellisa, pbr.

Vanidad y verdad

El mundo, dice un filósofo, se mueve en un ambiente de una sola dimensión, que es el de la vanidad. Dios obra en un espacio de innumerables dimensiones, que es el de la verdad.

Es evidente que, cuando Dios quiere poner este mundo pluridimensional a la vista de los hombres, éstos se escandalizan frecuentemente. Y no se trata de que la verdad sea exagerada, inhumana, superior a nuestra comprensión; el mal no está en la verdad sino en la limitación de quienes la contemplan.

Poca viveza de espíritu se necesita para ver cómo Dios a través de los tiempos prescinde de las apreciaciones mundanas, escogiendo lo débil para confundir a lo fuerte. Los príncipes, los ricos, los sabios según el mundo, son olvidados por Dios en sus grandes proyectos, para dejar su lugar a la gente sencilla: la esposa del carpintero, los pescadores de Galilea, los sacerdotes y religiosos de humilde cuna, los trabajadores, los doloridos, los parias de la tierra... Ellos serán, sí, los desheredados de la humanidad, ludibrio del mundo, pero ésto no cuenta para Dios que ama las gentes de alma profunda, que no estén impedidas por las vanas vestimentas de las pompas mundanas, tan superficiales pero que cuestan tanto de abandonar.

El Niño de Belén es la bandera más combativa que se ha levantado sobre la estupidez de un mundo vano. Los que la siguen, la han abandonado ya todo en espíritu y sienten en sí mismos el triunfo de Belén. Los que hacen como si la siguieran, cubiertos con los abrigo de pieles de su vanidad y con las joyas que les proporcionan sus injusticias sociales, no celebran la fiesta de Navidad sino una farsa a la que se empeñan en dar un nombre santo.



A los ojos de Dios, y a los ojos de los hombres de fe, los ricos en espíritu son una ralea de gente que da una impresión muy parecida al asco... Y no nos importan que luzcan su superioridad banal en los salones mundanos, aunque encontramos insostenible a nuestro buen gusto el vernos obligados a tolerarlos en nuestros templos.

Tristeza y alegría

Es difícil aquilatar con la medida de nuestras humanas apetencias, aquella alegría de que nos habla Francisco de Asís, cuando a cambio de carnes finas y sedosas telas, adquirió un mendrugo de pan y un pedazo de saco.

He visto que la alegría en este mundo juega a las paradojas. A menudo la encontramos en la cama del pobre enfermo mientras huye del lecho de placer del mundano; habita en las cabañas y se ahoga en los palacios; florece en las adversidades y se marchita en las prosperidades.

La alegría del alma, que es la única verdadera, que a veces ignora las carcajadas de la carne, sólo se encuentra en las profundidades de nuestro ser, y a ella sólo llega la simplicidad de corazón que se ignora a sí mismo, y que ama la verdad con la misma sencillez que los niños aman a su madre pobre y la prefieren a cualquier otra mujer, aunque ésta les prodigue mil mimos y zalamerías.

Aquellos que saben socavar dolorosamente su propia carne y la parte carnalizada de su espíritu, pueden llegar a gustar la verdad eterna que proporciona alegrías inefables, que nos hace ver que todo: los placeres del mundo y todas sus glorias, no merecen ni el honor de tener un nombre en la lengua del espíritu.

El mundo de los humildes, a pesar de estar lleno de valores eternos, es a menudo despreciado por aquellos que, engañados por las falsas pompas se vengau en otros de la tristeza que embarga su vida.

Pero llega un día que la humildad resignada de los pobres, de los ignorantes, de los olvidados, siente sus entrañas rociadas por un consuelo divino; Dios es también humilde!

Contemplad la maravilla: Dios-Hombre ha nacido en un establo, de una muchacha olvidada, y de ello han sido los solos testigos un pobre carpintero y dos pacíficos animales que le calientan con su aliento.

La divinidad se injerta en el mundo por el punto doloroso de la humildad. Y cuando el tiempo se vaciará en la eternidad, y todo lo vano del mundo habrá

caído como vestido viejo, el reino inmortal de los bienaventurados lucirá la túnica resplandeciente de la humildad y la pobreza de espíritu.

Inquietud y paz

No sé que tienen de misterioso estas doce campanadas de la noche de Navidad que despiertan ecos insospechados dentro de nuestro ser.

El recuerdo anual de la noche más resplandeciente de la Historia no pierde brillo a través de los tiempos, y, más que un hecho lejano nos parece algo lleno de vida, de presencia actual.

Todo el mundo siente la grandeza de esta noche. Amigos y enemigos de Aquel que a todos amistad ofrece, no pueden escapar a la profunda impresión de una noche que se enseñorea de todo, hasta de aquello que pertenece al polo opuesto, hasta de aquella creación del odio humano que conocemos con el nombre de campo de batalla.

Todos esperan al que ha de nacer Rey de reyes. Pero hay quien le espera con la santa ilusión de María y José, mientras que otros quedan en la penumbra sin atreverse a representar abiertamente su vergonzante papel de Herodes.

Muchos serán los que esperen a Jesús preparando su corazón como una canastilla trenzada de santos afectos; otros, en cambio, darán a su corazón las apariencias de un más o menos bello ataúd: triste realidad de aquellos que odian la Luz y aborrecen la Vida, y no les importa que, por Navidad, Jesús nazca muerto en ellos, siguiendo la suerte de aquellos niños infelices que ya en el parto desconocen la vida.

Más, no importa la malicia de los hombres; Navidad, hoy como ayer, y mañana, y siempre, viene a estremecernos a todos. A los hombres de buena voluntad les viene a traer la paz; a los de mala voluntad les viene a roer con una impalpable inquietud.

Dios va jugando con la historia del mundo que es la historia de su misericordia y de nuestra ingratitud. La humanidad va cambiando de postura como un enfermo dolorido, y en el hechizo de esta noche de luz oye doce campanadas llenas de dulzura y de amor...

Y sobre el oro y el fango de tantos amores y de tantos odios, de tantas virtudes y de tantos vicios, de tanto cielo y de tanto mundo, vuela, finísimo como un susurro, el dolorido gemir de un Niño que esconde sus galas divinas en un cuerpo de carne.

Navidad del 1950.